

LAS CERVANTAS¹

(Estancia, más bien humilde, de una casa de principios del siglo XVII. ISABEL va a asomarse al balcón, y cierra los postigos tras de sí, dejando la habitación en penumbras. Hay un bastidor grande de bordar, del que cuelga la labor, frente a una silla.)

(Entra CATALINA con una lámpara, muy agitada, No repara en ISABEL, y se queda a una distancia suficiente del balcón como para que ésta no pueda oír su monólogo.)

CATALINA- ¿Dónde se habrá metido esta chica? *(Suspira.)* ¡Yo ya no puedo más! ¡Entre unos y otras me van a volver loca! Y lo de hoy ya es el colmo. Si hasta ahora hablaban de nosotras, con lo que le ha pasado a este pobre hombre a la puerta de nuestra casa, las malas lenguas se van a afilar como cuchillos. *(En voz baja.)* Y es que ¡vaya familia la de mi marido! Empezando por él mismo, el pobre Miguel, que se cree un genio por escribir cuatro cosas de las que apenas sacamos para malcomer... Y eso que esta última novela, la del Quijote, parece que va mejor que las otras... Pero por lo que más le conocen es por la mala fama que tienen sus hermanas. “Las Cervantas”, nos llaman a todas, aunque yo no tenga ninguna culpa de lo que hacen mis cuñadas... Y la verdad es que las dos viven su vida, sin meterse con nadie. Y se mantienen ellas solas, gracias a sus manejos amorosos, lo que a su edad es todo un mérito. Además, siempre han sido generosas. ¡Hay que ver lo que se bregaron, a costa de su honra, para sacar a Miguel y a Rodrigo de la cárcel de Argel...! Claro que la honra ya la habían perdido, pero de todas formas... Yo, desde luego, las aprecio, y no me gusta nada cómo las trata Isabel. Sobre todo a Magdalena la habla con un odio... A veces hasta se me pasa por la cabeza contarle la verdad: que no es su tía, sino su propia madre. Que ella no es hija de Miguel, sino de Magdalena, y que Miguel fingió que era el padre para salvar la reputación de su hermana, que en aquella época no estaba tan maltrecha. Ni Magdalena ni su reputación... Pero no debo decir nada, porque se lo prometí a él, y una promesa hecha a un marido no se debe romper... *(Se retuerce las manos.)* En fin, que ahora, con esto que ha pasado, nos va a conocer todo Valladolid, aunque acabamos de llegar aquí... *(Avanza hacia el balcón.)* Y ese pobre hombre, ¿a qué habrá venido? ¿No le habría advertido Magdalena que se iba a misa con su hermana? *(Abre el balcón y descubre a ISABEL.)*

CATALINA- *(Sorprendida.)* ¡Isabel! ¿Qué haces aquí? ¡Te estábamos buscando! ¿No te has enterado de lo que ha pasado? *(ISABEL niega con la cabeza.)* ¡Han herido a un hombre ahí mismo, debajo de ese balcón! ¿No lo has visto?

ISABEL- *(Desvía la mirada, azorada.)* No. Acabo de asomarme...

CATALINA- ¿Y no has oído nada? Pues ¿dónde estabas antes?

¹ Presentada al Premio “Cervantes” de Teatro Breve 2011 con este título, *Las Cervantas*, el mismo que la obra de Gloria Olaya, representada en 2016. No acaban ahí las coincidencias: ambas obras se basan en el mismo episodio de la vida de Cervantes. La mía fue inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual en marzo de 2015, en una recopilación de textos breves, bajo el título *El secreto de Isabel*.

ISABEL- *(A la defensiva.)* En el huerto.

CATALINA- ¿A estas horas? ¿No tenías tanta prisa por acabar este tapete? *(Se acerca al bastidor, pero ISABEL se interpone, ocultando el bordado con su cuerpo.)*

ISABEL- Sí, pero me escocían los ojos de tanto bordar, y he salido a tomar el aire. He pasado allí la tarde, hasta que ha empezado a anochecer. ¿Qué ha ocurrido?

CATALINA- Han herido de muerte a Gaspar de Ezpeleta, un amigo de tu tía Magdalena. Le hemos metido en casa, y ahora está ella con él. ¡Menudo jaleo se ha organizado...!

ISABEL- *(Muy alterada.)* ¿Amigo de mi tía?

CATALINA- Sí. Íntimo. Ya sabes... *(Une los dedos índices de cada mano con gesto pícaro.)*

ISABEL- ¿Eso es seguro, Catalina? ¿Está liado con ella?

CATALINA- ¡Y tan seguro! ¡Me lo ha dicho ella misma!

ISABEL- ¡Pero Magdalena tiene más de cincuenta años, y él...!

CATALINA- *(Sorprendida.)* Él, ¿qué?

ISABEL- *(Baja la cabeza.)* No, nada. Yo de él no sé nada...

CATALINA- Tenga los que tenga, a tu tía, a su edad, no la gana ninguna jovencita... ¡Menuda es cuando se pone...!

ISABEL- Hablas como si la admiraras.

CATALINA- Y la admiro... En ciertas cosas. Es una mujer de mucho corazón y de mucho coraje. Igual que Andrea. Eso hay que reconocérselo a las dos hermanas. Y luego, lo otro... *(Sacude la mano en el aire, sonriendo.)* ¡Pues es lo otro!

ISABEL- ¿Cómo puedes defenderla tú, que no has tenido otro amor más que mi padre...? ¡Magdalena es una fulana!

CATALINA- ¡Isabel!

ISABEL- Como Andrea. Las dos van con los hombres por dinero.

CATALINA- ¡Mujer, no es eso! Lo que pasa es que son muy confiadas y no han sabido guardarse. Y si después ellos han considerado que les debían el favor, y ellas se lo han cobrado, ya es cosa suya. Tú no habías nacido, pero cuando tu padre y tu tío estuvieron presos en Argel, gracias a que Andrea y Magdalena le apretaron las tuercas a Alonso de Pacheco, que fue su amante, consiguieron juntar lo suficiente para rescatar por lo menos a uno de los dos...

ISABEL- *(Airada.)* ¡Estoy harta de oír esa historia! ¿A ti te parece bien que chantajearan a ese desgraciado cuando iba a casarse, amenazándole con contárselo todo a su novia si no les pagaba?

CATALINA- ¡No fue así, Isabel! Tus tías habían sido sus... protegidas. Y, al casarse él con otra, como no podía seguir... protegiéndolas, le pidieron una indemnización, y el juez les dio la razón a ellas.

ISABEL- ¡Menudas putas! ¡Y las dos con el mismo! ¿No se les cayó la cara de vergüenza en el juicio?

CATALINA- Pues no. Eran tiempos muy malos y necesitaban el dinero. También tus abuelos buscaban hasta debajo de las piedras para conseguir el rescate de sus hijos. Ya sabes que tu abuela llegó a fingirse viuda, para que la socorrieran... (*Se ríe.*) Escondió a su marido en el altillo, cerró los postigos, se vistió de luto, y...

ISABEL- (*Muy seria.*) En esta casa se toma por gracioso lo que en cualquier otra sería una deshonra. Y todavía Andrea, con los años está más comedida, pero Magdalena... (*Con rabia.*) ¡Es una zorra vieja!

CATALINA- ¡Sscchhh! ¡No hables así!

ISABEL- ¡Si es la verdad! ¡Se los queda a todos! Incluso a los que, si no fuera por ella, se fijarían en las mujeres decentes... ¡Y ahora me entero de que también está liada con éste...! ¿Cuándo va a parar? Aunque no me creo que Gaspar la quiera...

CATALINA- ¿Es que le conoces?

ISABEL- (*Turbada.*) ¡No! ¿Por qué iba a conocerle?

CATALINA- Como hablas de él con tanta familiaridad...

ISABEL- Has sido tú la que has dicho que se llamaba así. (*Suspira.*) Tienes la manga muy ancha, Catalina.

CATALINA- Yo no soy quién para ponerme a corregir las costumbres de tus tías...

ISABEL- ¿Cómo que no? ¡Nada menos que la mujer de mi padre, la señora de la casa donde viven...!

CATALINA- (*Con tacto.*) Entonces quizá tampoco debería permitir que vivieras aquí tú, que eres hija ilegal de mi marido.

ISABEL- Es distinto, porque a mí me tuvo antes de conocerte...

CATALINA- ¿Y qué? La gente no lo sabe, y habla... ¡Y eso que tu pobre padre es un santo...!

ISABEL- Pues también debió de cometer algún pecado, porque si no, no habría nacido yo... (*Suspira.*) ¿Tú crees que Gaspar estará enamorado de Magdalena?

CATALINA- ¡Ése no se enamora de nadie! Según he oído, es un ligón, que siempre anda enredado con unas y con otras...

ISABEL- (*Defraudada.*) Sí, eso parece...

CATALINA- (*Suspira.*) En fin, sea como sea, está pagando ahora sus culpas. Esto que le ha ocurrido tiene pinta de ser la venganza de un marido engañado. Lo que no sé es qué hacía él por aquí...

ISABEL- (*Nerviosa.*) Habría venido a ver a Magdalena.

CATALINA- ¡Quiá! ¡Si ella estaba en misa! Precisamente se lo ha encontrado al llegar, desangrándose en la calle...

ISABEL- (*Sarcástica.*) ¡En misa! ¡No sé ni cómo la dejan entrar en la iglesia...! ¡Capaz es de acostarse con el cura!

CATALINA- ¡Isabel! ¡Ten un poco de respeto! Al fin y al cabo, tu tía te ha cuidado desde que tu madre murió. Te acogió en su casa, te ha tratado como a una hija...

ISABEL- Ésa fue la desgracia de mi vida: que mi padre me pusiera bajo la tutela de una mujer a la que señalaban con el dedo por la calle.

CATALINA- (*Con suavidad.*) ¿Has pensado alguna vez que tampoco tu madre era una santa? A ti te tuvo con Miguel, estando casada con otro, según dicen.

ISABEL- ¡No compares un desliz de mi madre con una vida dedicada al puterío, como la de mi tía!

CATALINA- (*Muy seria.*) No hables de lo que no sabes, Isabel...

ISABEL- (*Extrañada.*) ¿Y qué es lo que no sé?

CATALINA- No sabes que resulta que tu madre... (*Se calla.*) No debo contártelo, porque se lo prometí a Miguel. Sólo te advierto que, por tu bien, cambies de actitud con Magdalena.

ISABEL- ¿Por mi bien? Y ¿qué es lo que no debes contarme?

CATALINA- (*Dudosa.*) ¿No le dirás nada a tu padre?

ISABEL- Ya sabes que apenas hablo con él.

CATALINA- Aun así: ¿lo juras? ¡Mira que es un secreto de marido a mujer, y que no volvería a confiar en mí...!

ISABEL- ¡Lo juro, pero suéltalo de una vez!

CATALINA- Magdalena en realidad es... tu madre.

ISABEL- (*Horrorizada.*) ¿Quieres decir que yo soy hija de... los dos hermanos?

CATALINA- ¡No, mujer! Quiero decir que eres hija de Magdalena, y no de él. Por lo visto, cuando Magdalena se quedó embarazada, decidieron que Miguel se haría pasar por tu padre, porque también Andrea había tenido a tu prima Constanza fuera del matrimonio, y daba mucho que hablar que las dos hermanas fueran madres solteras...

ISABEL- (*Fuerza una carcajada.*) ¿Eso era? ¿Eso es lo que te ha dicho tu marido en secreto?

CATALINA- (*Molesta.*) Y yo le creo.

ISABEL- ¡Ya! Y Ana, mi madre, o la que para mí es mi madre, ¿cargó conmigo sólo para sacarles del apuro?

CATALINA- Ella no podía tener hijos, y Miguel le propuso que te adoptara. Así mató dos pájaros de un tiro: le hizo un favor a su amiga, y evitó una mancha más en la reputación de Magdalena...

ISABEL- ¡Vaya una sarta de estupideces! ¡No me creo ni una palabra!

CATALINA- Pues es la verdad. ¿No te acuerdas de que Magdalena iba a verte todos los días cuando eras pequeña? Y ¿quién se desvive así por una sobrina? Sólo por una hija se hace eso...

ISABEL- ¿Así que tú te lo has tragado? ¡Pareces tonta, Catalina! No son más que mentiras de mi padre para quedar bien ante ti y para que me aceptaras en tu casa. La verdad es la que todos saben: que soy hija suya. ¡No hay más que ver lo que me parezco a él!

CATALINA- También eres clavada a Magdalena.

ISABEL- (*Indignada.*) ¿Yo? ¡Ni en el blanco de los ojos! Yo quiero ser una mujer decente y casarme como tú, no andar detrás de unos y de otros, sacándoles los cuartos...

(*Entra MAGDALENA, con aspecto abatido.*)

CATALINA- (*Sorprendida.*) ¡Magdalena! ¿De dónde sales? ¿Qué pasa?

MAGDALENA- (*Desolada.*) Ha muerto.

CATALINA- ¿Ha muerto? ¡Vaya por Dios! (*Se santigua.*)

MAGDALENA- Están con él Andrea y la criada. Si le hubiéramos encontrado un poco antes, se habría salvado, pero ha perdido mucha sangre, malherido y solo bajo nuestro balcón. No hemos podido hacer nada más que acompañarle en su agonía. (*A ISABEL, con retintín.*) Aunque él hubiera preferido que estuvieras tú. Pero no te encontrábamos, y ha ido todo tan rápido...

CATALINA- (*Perpleja.*) ¿Que quería que estuviera Isabel?

ISABEL- (*Turbada.*) ¿Y por qué va a querer verme a mí, si ni siquiera me conoce?

MAGDALENA- Eso he pensado yo al principio, que llamaba a otra Isabel. Pero él ha insistido en que se refería a mi sobrina. (*Mira a ISABEL de arriba abajo.*) Según ha dicho, teníais una cita. ¡Si hasta me ha pedido perdón por haberme engañado contigo! Y lo cierto es que ya suponía que me traicionaría con cualquiera, pero... ¡precisamente contigo, que tanto presumes de virtuosa...! (*Con desdén.*) ¡Eso no me lo podía imaginar!

ISABEL- (*Tartamudeando.*) ¡Es mentira! ¡Te lo estás inventando!

MAGDALENA- Andrea lo ha oído todo igual que yo.

CATALINA- (*A ISABEL, asombrada.*) ¿Tenías una cita con Gaspar?

ISABEL- (*Violentísima.*) ¿Yo? Estaría delirando. Habrá perdido la cabeza...

MAGDALENA- No, hija, no la ha perdido. Venía a verte a ti cuando le han asaltado. Desde luego, a mí no, porque sabía que iba a misa... (*Dolida.*) Habíais quedado los dos, aprovechando mi ausencia... En fin, que el pobre ha muerto preguntando por ti. ¿Dónde te habías metido?

(*CATALINA se acerca al bastidor y observa la labor.*)

ISABEL- En el huerto. He pasado allí la tarde...

CATALINA- (*A ISABEL.*) Así que ¿no has estado en esta habitación con la labor?

ISABEL- (*Desviando la mirada.*) Ya te he dicho que me dolían los ojos. Desde esta mañana no he dado una puntada.

CATALINA- Pues para no haberla dado, te ha cundido mucho. (*Señala el bordado.*) Casi has acabado la flor que te quedaba para rematar la cenefa, según me has enseñado tú misma a mediodía. Y eso significa que te has pasado horas bordando.

ISABEL- (*A la defensiva.*) Sólo un rato, después de comer...

CATALINA- (*Catagórica.*) ¡La tarde entera! No te falta más que un pétalo, como si te hubieran interrumpido cuando estabas a punto de terminar... Y en ese caso, has debido oír la pelea en la calle...

ISABEL- (*Débilmente.*) Acababa de llegar cuando has entrado tú...

MAGDALENA- (*A ISABEL, horrorizada.*) ¿Es posible que estuvieras aquí, y no hayas avisado para que socorrieran a Gaspar?

ISABEL- (*Llorosa.*) ¡Yo no he visto nada!

MAGDALENA- (*Convencida.*) Yo creo que sí, que estabas asomada al balcón, y cuando le han apuñalado, le has dejado agonizar a tus pies, con la esperanza de que muriera sin hablar, para que no nos enterásemos de que te veías a escondidas con él...

ISABEL- (*Llorando.*) Él me había dicho que sólo me quería a mí... (*Se limpia las lágrimas y suspira hondo.*) Estaba esperándole en el balcón, y ya venía, cuando se le ha echado encima un hombre, acusándole de que le habían visto anoche con su mujer. Y Gaspar, en vez de negarlo, se reía... ¡Anoche mismo estuvo con otra! ¡Y unas horas antes me había jurado a mí fidelidad absoluta...! ¡Me había engañado! ¿Os imagináis mi dolor al oírlo todo desde aquí? Así que cuando el otro se le ha echado encima y le le ha apuñalado, sentía que su mano era la mía, como si yo misma le clavara el puñal una, dos, tres veces, cuatro... (*Solloza.*)

CATALINA- (*Espantada.*) Pero entonces... ¿le has dejado morir sin pedir ayuda, sólo por celos...?

ISABEL- No lo entiendes, Catalina. Él me había prometido que se iba a casar conmigo, y yo le creí hasta el punto de que iba a entregarme a él. Pero Dios me protege y ha enviado a su ángel

vengador para salvar mi honestidad... No podía auxiliarle, porque habría sido oponerme a la voluntad divina, que quería librarme para siempre de esa tentación...